

Textos
y
Cosas

Los ecos de Fray Luis de León en la literatura española (siglos XVI-XVIII)¹

POR
RAFAEL LAZCANO

Lectura, reflexión y análisis. Tres acciones ejercidas de modo ejemplar por José Palomares (Linares, 1979), doctor en Filología española por la Universidad de Jaén y autor de la obra titulada *Fortuna de Fray Luis de León en la literatura española (XVI-XVIII)*, publicada por la Editorial Agustiniiana (Guadarrama, Madrid 2017). Con acierto presenta la labor filológica del doctor Palomares su prologuista, la doctora Rosa Navarro Durán, catedrática de Literatura española en la Universidad de Barcelona y miembro del jurado en la defensa de la tesis doctoral del autor, cuando escribe: “Al lector avezado le da mucho gusto descubrir esas nuevas aportaciones; y al bisoño en ese campo le señala caminos, le indica modos de procedimientos y al mismo tiempo le permite darse cuenta de que en Humanidades se investiga con seriedad, con rigor, y que se obtienen frutos valiosísimos, que ayudan a otros campos de la historiografía” (p. 15).

¿Qué ofrece la obra del profesor Palomares? Dicho en pocas palabras: Una investigación sobre la presencia e influencia de fray Luis de León (1527-1591) en la cultura española, principalmente en la obra literaria y poética de los siglos XVI-XVIII, las comedias de Lope de Vega (1562-1635), Tirso de Molina (1579-1648) y Calderón de la Barca (1600-1681) (pp. 264-299), pero también en las artes, como en la pintura –retratos luisianos de

¹ PALOMARES, José, *Fortuna de Fray Luis de León en la literatura española (siglos XVI-XVIII)* (=Augustiniana Historica, 1), pról. Rosa Navarro Durán, Editorial Agustiniiana, Guadarrama (Madrid) 2017, 526 pp.

Francisco Pacheco (pp. 63-69) y Juan Barcelón— y en los grabados de Juan Minguet y Félix Prieto (pp. 310-313). El libro ofrece los resultados de un extenso proyecto de investigación, tarea de muchos años de esforzado estudio, comprensión e interpretación de autores, casi medio centenar (p. 25), llevado a cabo con rigor, sencillez y claridad. El doctor Palomares da cuenta en cada página, no solo de un fiel y cabal conocimiento de la obra luisiana, sino de su competencia cuando expone y analiza, interpreta y valora las huellas —literarias, estéticas y éticas— del maestro León en las creaciones literarias más notables aparecidas hasta finales del siglo XVIII, con la aportación de innumerables datos escondidos y por lo tanto desconocidos, sacados ahora a la luz para conocimiento de lectores y estudiosos de fray Luis. De este modo sabemos que en 1587 Oliva Sabuco de Nantes (1562-1620) incluyó en su obra *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre*, la primera oda de fray Luis, *Vida retirada*, signo de su admiración por la poesía del maestro León (p. 48). También con anterioridad al fallecimiento del catedrático de Salamanca, Francisco Sánchez de las Brozas (1523-1600), conocido como El Brocense, incluyó cuatro poemas luisianos (p. 41) en *Obras del Excelente Poeta Garci Lasso de la Vega. Con anotaciones y Enmiendas del Licenciado Don Diego López de Zúñiga y Sotomayor* (Salamanca 1574); y el toledano Juan López de Úbeda, poeta sacro, dramaturgo y antologista español de la segunda mitad del siglo XVI estampó el himno a la Virgen —“Canción a Nuestra Señora”— en la obra *Vergel de Flores Divinas* (Alcalá de Henares 1582).

Asimismo la presente obra da cuenta, no solo de los lectores que ha tenido fray Luis en los siglos pasados, algunos de ellos bien conocidos por su talla universal, como Miguel de Cervantes (pp. 154-184), San Juan de la Cruz (pp. 69-82), Malón de Chaide (pp. 82-103), Lope de Vega (pp. 185-206: estudio centrado en la obra poética), Francisco Medrano (pp. 206-231), Francisco de Quevedo (pp. 231-255), Luis de Góngora (pp. 255-264), sino de las obras que leyeron, cómo las interpretan y qué destino dieron de sus textos. En no pocas ocasiones se ofrece un estudio (presentación, análisis y valoración) detallado de la “intertextualidad” —término acuñado por Julia Kristeva en 1967 (p. 25)—, o dicho de otro modo sobre la presencia, imitación, recreación, impronta e influencia de fray Luis en la creación poética y literaria hasta el siglo XIX. Una vinculación luisiana se observa, por ejemplo, en el soneto “Diosa Phebea, que tu rayo puro...” de Gonzalo Sánchez (p. 39-40); el *Coloquio* de Hernando de Ávila (pp. 49-51); y en las *Odae Variæ* de Benito Arias Montano (pp. 103-126). Nos ha llamado

poderosamente la atención las numerosas reminiscencias luisianas en autores como Cervantes –un posible eco, inadvertido por la crítica, de fray Luis en Cervantes se recoge en la página 161-, Lope de Vega y sobre todo la impronta moral, religiosa y metafísica en los versos de Quevedo, todos ellos grandes ingenios literarios de las letras castellanas, que admiraron y siguieron, cada uno a su manera, al maestro León. Desde la perspectiva de la intertextualidad quizá sea acertado señalar que ningún texto literario, por original que nos parezca a primera vista, es único o exclusivo de tal o cual autor, puesto que la creación literaria descansa de algún modo –implícito o explícito– en autores y lecturas elegidos por cada escritor, poeta, ensayista o comediógrafo.

Si para Lope de Vega el agustino fray Luis representa “el honor de la lengua castellana” (p. 202), la publicación de las poesías de fray Luis, “editio princeps” (1631), realizada por Quevedo significó la apuesta por el buen estilo poético luisiano, basado en la “claridad” y la “verdad”, en contraposición con los excesos literarios y morales de la estética culterana del bajo barroco (p. 249). Los aciertos críticos de Palomares resultan notorios, tanto cuando remarca el horacianismo de fray Luis en el poeta sevillano Francisco de Medrano, sin olvidar las diferencias formales entre ambos y su “altísima calidad” poética (p. 218), como cuando señala la ausencia de fray Luis en la Compañía de Jesús. En efecto, la escuela teológica de los jesuitas del siglo XVII ignora a fray Luis (pp. 133-135). La presencia luisiana en Baltasar Gracián (1601-1658), jesuita, es calificada de “escasa” (p. 146), si bien en el discurso xxxvi (“De los argumentos conceptuosos”) el maestro salmantino aparece “reivindicado como ejemplo de *agudeza, erudición e ingenio*” (p. 147). No obstante, en la centuria siguiente llegó el aprecio de fray Luis a la Compañía de Jesús, ahora de la mano de José Francisco de Isla (1703-1781), quien en su obra *Fray Gerundio de Campazas, alias Zotes*, al intentar recuperar el gusto poético y la pureza de estilo, acude al poeta agustino como “modelo de latinidad” (p. 415). Otro jesuita, Antonio Burriel sitúa a fray Luis de León entre los “modelos canónicos del clasicismo español” (p. 431; cf. p. 432).

El atento lector de *Fortuna de fray Luis* observará de continuo las abundantes coincidencias léxicas, calcos semánticos y uso de figuras literarias de fray Luis en los autores presentados, en su mayoría clásicos de la literatura española. Ciertamente, la “intertextualidad” tantas veces anotada en esta obra, posiblemente remita a otros nombres y se prolongue más allá del propio fray Luis, sospecha del todo verosímil, y que debería

llevar al estudio de otras posibles fuentes y tradiciones literarias. Esto no impide para que el profesor Palomares sostenga con aplomo que “en el siglo dieciocho asistimos a la canonización literaria de fray Luis de León” (p. 301), consecuencia final de varios factores histórico-culturales. Estos factores se cifran en el interés que suscitaban los valores poéticos, literarios y humanísticos presentes en la vida toda de fray Luis, la intensa labor tipográfica realizada desde distintos ámbitos favorables a la edición y reedición de la obra luisiana, y la frecuente presencia de odas, salmos y textos varios, tanto en diarios y semanarios ilustrados de extraordinaria difusión como en obras de literatura e historia. Los autores admiran de igual manera al fray Luis poeta que al fray Luis traductor de Horacio y Virgilio, en quien se inspiran buena parte de los traductores dieciochescos (pp. 321-327). Al maestro agustino está ligado Gaspar de Jovellanos (1744-1811), debido no solo a su azarosa existencia –persecución inquisitorial y experiencia de cárcel, como fray Luis–, sino por la apasionada inclinación al estudio, la literatura y la poesía. La impronta luisiana de Jovellanos se encuentra en toda su obra intelectual: poesía, prosa, epistolario, teatro (pp. 422-423) y crítica textual (pp. 331-348). Idéntica devoción hacia fray Luis comparte el poeta ilustrado Juan Meléndez Valdés (1754-1817), quien supo conjugar con destreza única la herencia del agustino, a quien tiene como referente literario y ético, con la cultura del norte de Europa (pp. 356-369). La huella luisiana impregna toda la producción literaria de Meléndez Valdés, autor que proyectó, sin acierto, la edición de las obras completas de fray Luis de León (p. 356). Las páginas siguientes del libro (369-385) están dedicadas a la presentación de alguna resonancia luisiana en el quehacer literario de los Moratines, Nicolás Fernández de Moratín (1737-1780) y Leandro Fernández de Moratín (1760-1828). Fray Luis de León pervive, aunque con menor intensidad, en el ensayo y el teatro neoclásico (pp. 420-423), así como en la literatura anti-inquisitorial dieciochesca (p. 417). A modo de síntesis, en cinco páginas solamente (385-390) se ofrece “la intertextualidad”, imitación o resonancia luisiana en temas y formas, ritmo y léxico del agustino Diego Tadeo González (1732-1794). Acto seguido nos encontramos con los ecos luisianos descubiertos en la obra literaria de José Cadalso (1741-1782), que en su conjunto “revelan una profunda asimilación de la materia, el tono y el estilo del agustino” (p. 390; cf. pp. 415-416); las afinidades de forma, tono y contenido de Gaspar María de Nava Álvarez, Conde de Noreña (1760-1815) (pp. 396-403); León de Arroyal (1755-1813); José Somoza (1781-1852) (pp. 403-407); Manuel José Quintana (1772-1857)

(pp. 410-414); Ignacio de Luzán (1702-1754) (pp. 424-430); Juan Pablo Forner (1756-1797) (pp. 435-439); y el polígrafo Gregorio Mayáns (1699-1781) (pp. 439-449), editor de la obra poética del maestro León, y autor decisivo en “la recuperación ilustrada de fray Luis” (p. 439). Las últimas páginas de la excelente obra de José Palomares (pp. 449-469) están dedicadas a resaltar la figura de fray Luis como autoridad de idioma castellano, confirmación que nos llega tras su inclusión, aunque limitada (0,61% del total de citas, p. 451), en el *Diccionario de autoridades* (1726-1739, 6 tomos), primer diccionario de la Real Academia Española. De las “467 ocurrencias” (p. 451), o dos más, “469 entradas” (p. 455), en 52 de ellas fray Luis de León figura como única autoridad lexicográfica. El maestro León también figura en la primera gramática moderna del español –*Arte del romance castellano*, de Benito de San Pedro (Valencia 1769)–, obra que sirvió de manual o texto en las aulas de gramática de las Escuelas Pías. Si fray Luis es reafirmado en cuanto modelo lingüístico por San Pedro, también será confirmado como ejemplo de elocuencia en el *Fundamento del vigor y elegancia de la lengua castellana* (Madrid 1791), de Gregorio Garcés, y las *Instituciones poéticas* (Madrid 1793), de Santos Díez González. En adelante la figura literaria, estética y ética de fray Luis, cual “Nebrija redivivo” (p. 469) y bandera del idioma castellano, será enarbolada por los intelectuales de la cultura española.

¿Quién es fray Luis de León en la lengua española? Ciertamente, cada uno de nosotros tenemos nuestra propia respuesta, y seguramente tras la lectura de esta obra coincidiremos todos en afirmar que fray Luis es ante todo maestro del idioma castellano, modelo literario y ejemplo de humanidad. La “auctoritas” del maestro fray Luis de León, teólogo, escritor, traductor y exégeta, se puso de manifiesto una vez más cuando recibió el encargo oficial de preparar la edición de las obras de Santa Teresa (pp. 45-46). Sobre este episodio de singular importancia en la vida de fray Luis y el carmelito teresiano, remito a mi estudio titulado “Fray Luis de León, editor y biógrafo de Teresa de Jesús (1515-1582)”, publicado en *Analecta Augustiniana* 78 (2015) 77-116, y 471-476, 6 láms. Sin perder el hilo con la cuestión formulada más arriba, la obra del profesor Palomares nos ofrece varias respuestas a tan importante cuestión, y que ahora comparto con los lectores. Fray Luis se presenta en la cultura española como “síntesis del Renacimiento” (p. 23), “paladín de la dignidad de la lengua romance” (p. 23), “epítome del humanismo quinientista español” (p. 23), “monumento literario (y nacional)” (p. 25), “el sol que daba luz a nuestra España”

(Medrano) (p. 222), “la primer [pluma] que en nuestro idioma enseñó a bien escribir” (José de Valdivieso) (p. 239), “el primero que abrió camino para escribir en lengua vulgar cosas altas y grandes con gravedad y altezas, número y proporción” (Lorenzo van der Hammen) (p. 239), “el mejor blasón de la habla castellana” (Quevedo) (p. 239), “el Horacio español” (Jovellanos) (p. 339), “del gran León el gusto la belleza” (Meléndez Valdés) (p. 301); “uno de los maestros de la lengua española” (Francisco Pérez Bayer) (p. 308), “primer poeta humanista español en lengua vulgar” (Alberto Blecuca) (p. 23), y “nuestro máximo clásico...; máximo mediador entre la clasicidad y nuestra cultura” (Fernando Lázaro Carreter) (pp. 23-24).

Fortuna de fray Luis de León del doctor Palomares nos parece un libro admirable por muchas razones. Está bien ideado, documentado y expuesto. Cumple con los objetivos previstos por el autor. No defrauda, enriquece del principio al final, se lee con facilidad, aunque de continuo te encuentres con autores, títulos de obras y versos, muchos y maravillosos versos inspirados. Tampoco faltan las notas a pie de página, testigos fieles del quehacer del investigador, escritor y filólogo José Palomares. La edición nos parece correcta, acertada, incluso cuando hace uso de caracteres hebreos (pp. 72, 77, 136) y griegos (pp. 209, 242, 243, 258, 293, 294). Después de lo indicado en este párrafo, más de un lector avisado pudiera sospechar, dando muestras de impaciencia, que la autoría de estas líneas no corresponde con quien suscribe, puesto que desde hace un tiempo a esta parte no se olvida de apuntar los lunares que encuentra en las obras que lee, comenta y valora. Aquí van, pues, mis observaciones, esperando no defraudar tampoco en esta ocasión, con la intención de que sirvan mis modestas anotaciones para una segunda edición de esta imprescindible obra luisiana.

De entrada, diré que el autor desconoce la segunda edición del *Proceso inquisitorial de fray Luis de León* (Valladolid 2009), anotada y aparato crítico mejorado por Ángel Alcalá. Los defectos y errores encontrados al hilo de la lectura completa de la obra, incluidas las 1400 notas a pie de página y las 435 fichas bibliográficas de la “Bibliografía”, resultan insignificantes y de poca importancia en la inmensa mayoría de los casos. No obstante, no me resisto a señalar algunos como botón de muestra y justificación de la afirmación anterior. Dice: “Servicio de Publicaciones de la Castilla-La Mancha” (p. 140, nota 413), si bien debe decir “Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha”; dice: “Duncker und Humbolt” (p. 187, nota 554), si bien el nombre correcto de la editorial

alemana es “Humblot”; el paréntesis abierto al final de la primera línea de la nota 674, página 234, deberá cerrarse al final del título del artículo, escrito por Sánchez M. de Pinillos, de nombre no “Manuel” como ahí se indica, sino Hernán. Véase la edición digital: [http://www.ehumanista.ucsb.edu/sites/secure.lsit.ucsb.edu.span.d7_eh/files/sitefiles/ehumanista/volume19/22%20e humanista19.pinillos.pdf](http://www.ehumanista.ucsb.edu/sites/secure.lsit.ucsb.edu.span.d7_eh/files/sitefiles/ehumanista/volume19/22%20e%20humanista19.pinillos.pdf). Se escribe “Talavero Estesos” (p. 467, nota 1396), si bien el primer apellido de este autor es Talavera. De cara a una segunda edición sugiero al profesor José Palomares la inclusión de las abundantes reminiscencias de fray Luis en el poeta zafrense Cristóbal de Mesa (pp. 140, 196), descubiertas en la investigación llevada a cabo en la tesis doctoral de María del Mar González Mariano, trabajo presentado en la Universidad de Huelva, Departamento de Filología Española y sus Didácticas, bajo el título: *Cristóbal de Mesa. Valle de lágrimas y diversas rimas. Edición crítica y estudio* (Huelva 2016, 744 pp.). En la sección “Bibliografía” (pp. 471-499) se han deslizado algunos errores, la mayoría de ellos carecen de importancia, pero afean el texto y por esta razón los anoto aquí para su corrección en la próxima edición de esta valiosa obra. La ficha bibliográfica referente a la traducción al italiano de las poesías de fray Luis realizada por Giambattista Conti se observan dos errores y una omisión. Dice “tomo I, 201-335” (p. 316, nota 961), si bien debería haberse escrito para ser exactos y precisos: Primera Parte, tomo III, 201-225. La obra se encuentra disponible en edición digital: <https://archive.org/stream/sceltadipoesieca03contuoft#page/n7/mode/2up>. El título de la obra situada en último lugar de la página 478, escrita por Frémaux-Crouzel, comienza por el artículo “El”. Reusch publicó en 1878 la obra *Luis de León and die Spanische Inquisition*, editada por Eduards Weber’s, y no “Webers’s” (p. 494). Véase la edición digital: <https://catalog.hathitrust.org/Record/006581282>. En la página 484, línea 4ª, dice “ed. fray Manuel Miguélez”, cuando debería decir Manuel Fraile Miguélez. La referencia numérica a las *Bucólicas* de Virgilio, y a las odas de fray Luis se representan en versalitas, norma que no siempre se cumple (pp. 382, 407, 460). Sobre los grabados que aparecen de fray Luis (pp. 311-313), seguramente todos coincidiremos también en que pueden ser mejorados notablemente, y que la supervisión de la edición por parte de la Editorial ha sido más bien escasa o nula. Cada uno de ellos sobresale por uno o varios defectos a la vez; los tres retratos carecen de nitidez, aminorando la calidad de los artistas. Se sugiere, o mejor dicho, se pide encarecidamente una mayor atención por parte de la Editorial Agustiniiana para otras ocasiones. La primera ficha bibliográfica de la página 497 contiene varios errores.

Veamos. La autoría no corresponde a José Simón Díaz, sino al agustino Alberic de Meijer; la publicación periódica lleva por título *Augustiniana*, no *Revista Augustiniana*; y la indicación final de la ficha: “*La Ciudad de Dios* 204 (1991) 937-946” no ofrece relación bibliográfica de Fray Luis, sino que corresponde al trabajo de Klaus Reinhardt, “*La Expositio in Genesim* de fray Luis de León a la luz del manuscrito 19 de la Biblioteca capitular de Palencia”, y que concluye en la página 945 en vez de la 946, como se indica por error. Dice “Kirche in sechszehnten Jahrhundert” (p. 499, 2ª línea), debe decir “im”. Véase la edición digital: <https://ia601002.us.archive.org/13/items/frayluisdeleonei00wilk/frayluisdeleonei00wilk.pdf>. Ahora ofrezco una primicia importante y una observación más de este breve apunte de enmiendas. Sobre mi bibliografía de fray Luis de León (p. 483), la segunda edición y prólogo de Cristóbal Cuevas, que es la edición citada por el autor a lo largo de la obra, salió a la luz en 1944, no en “1990”. Esta fecha corresponde, por lo demás, a la primera edición. Corríjase, pues, el año. Los estudiosos de fray Luis están de enhorabuena. Les anticipo que dentro de un par de años tengo previsto el lanzamiento de la tercera edición de la *Bibliografía de Fray Luis de León*”, actualizada y enriquecida con el hallazgo de nuevas ediciones de sus obras y abundantes estudios luisianos. Un breve complemento de la bibliografía frayluisiana (1994-2015), a modo de anticipo de la anunciada tercera edición, puede consultarse en el *Dictionnaire d’Histoire et de Géographie Ecclésiastiques* [DHGE], xxxii, cols. 287-308.

La sección de índices no puede faltar nunca en obras valiosas de investigación. Esta norma, sencilla en su enunciado y de fácil comprensión, no siempre es tenida en cuenta por autores y editores. La elaboración de los índices, labor tediosa, donde las haya, y hablo por experiencia, se ha de realizar con método, precisión y paciencia. El autor necesita ocuparse durante el tiempo que sea preciso hasta alcanzar la tan difícil y anhelada meta de la perfección (¡). Desde esta perspectiva, además de Índice onomástico (pp. 501-526), la presente obra necesitaría dos índices más, el temático y otro de primeros versos y obras. Quizá esta observación sea tenida en cuenta en la segunda edición. Al mismo tiempo sería conveniente la incorporación de algunas voces que ahora faltan en el índice onomástico, y que señalo a continuación, a modo de ejemplo, sin ánimo de ser exhaustivo: Abraham Abulafia (p. 117); San Agustín (pp. 84, 432, etc.); Aminadab (pp. 72, 73, 74, 75, etc.); Carlos Andrés (p. 466); Carlos V (p. 437); Daniel (pp. 121, 404, etc.); Enrique Flórez (p. 369); Herodías (p. 100, etc.);

Jael (p. 271); Job (pp. 86, 404, etc.); María Magdalena (pp. 82, 83, 197, etc.); Marta de Nevares (p. 201); Moisés (p. 50, etc.); Píramo (p. 84); Juan Raulin (p. 415); Salomón (pp. 72, 100, etc.); Santísima Virgen María (pp. 66, 183, 184, 196, 219, etc.); Scaliger, Mercator y Muretus (p. 237); Valdiglesia (p. 61). Están ausentes los nombres de la mitología griega y romana, como Píramo y Tisbe (p. 84).

Finalmente, desde estas páginas manifiesto que *Fortuna de fray Luis de León* reclama con cierta urgencia la publicación del “segundo volumen”, complemento necesario a la investigación ahora presentada al lector, y que abarca desde el siglo XIX “hasta nuestros días”, según lo anunciado por el autor (p. 24). De este modo se coronaría la cima de este singular, original y emblemático proyecto luisiano, pionero en la literatura española del siglo de Oro español y llevado adelante de modo razonable, equilibrado y sabio. Mientras llega la segunda entrega, lectores y amigos de fray Luis están emplazados a descubrir y admirar en la obra presente los ecos léxicos y sintácticos, semánticos y retóricos, temáticos y éticos de fray Luis de León, cuya figura aparece ante nuestros ojos cual autor clásico, paradigma literario y referente de humanidad.